

PRINCIPIOS VITALES

DE LA ENSEÑANZA CLASICA ⁽¹⁾**Platón y Aristóteles**

Un día utilizando yo el tiempo en la calle Florida me encontré de improviso frente a un busto de Platón, que estaba expuesto en una lujosa vidriera. Era una gran cabeza, algo inclinada a la derecha por el peso, sin duda, del pensamiento, y mirando al suelo. Tenía puesta una corona de laurel, pero la expresión de la cara era tal, que aquel símbolo de gloria parecía un instrumento de martirio y hacía pensar en un *ecce homo*.

El original griego hubo de servir a algún pintor para representar a Cristo, porque recuerdo muy claramente un *ecce homo* que se parecía a este busto. Se diría que el filósofo sustrae la cabeza a la corona, y que la mirada expresa la tristeza sin ira de la bondad rechazada, que es el martirio de un Dios.

Platón sufrió un primer martirio en su maestro; y lo sufren con él cuantos leen el *Fedón* que es la pasión de un hombre hecho Dios; como el de San Mateo lo es de un Dios hecho hombre; y sufrió otro más amargo aún y duradero: el de ver la inutilidad del saber bondadoso, para curar los males de sus ciudadanos. Su mente altísima fué para él la peña de Prometeo. Toda la vida, dice Aristóteles, y con la palabra y con el ejemplo enseñó que el ser bueno es el secreto de ser feliz. ¿Y quién le hizo caso?

(1) Conferencia leída en la Facultad, el día 4 de junio.

Discuten los moralistas sobre si crimen o ignorancia sean sinónimos, según le parecía al filósofo griego. Tal vez no lo sean, pero así le es necesario pensar a quien quiere seguir amando a sus semejantes. Si es un error, conste que fué proclamado otra vez, por un moribundo con aquellas palabras "Padre, perdónalos, porque ignoran lo que hacen".

Platón es un amigo; nos amó; y podemos además recordarlo sin amargura, porque tuvo la suprema delicadeza de no dejarse envenenar, como su maestro, y ahorrarnos un remordimiento más.

Los que disputan sobre sus opiniones, y si quiso decir ésto o aquéllo, me parecen desalmados que cerca del cadáver de la madre se pelean por la repartición de las alhajas. Todo lo que es de Platón ha de ser caro igualmente para nosotros, y dijo bien Cicerón que vale más equivocarse con Platón, que acertar con los demás filósofos.

*

* *

A su lado está Aristóteles, que vivió veinte años en su intimidad, y le amó y comprendió, pues niega a los malvados hasta el derecho de alabarle; pero era otro hombre, o mejor, demasiado hombre. Después de Platón, el nombre de su discípulo es como el rechinar de la cadena que despierta a un prisionero de un sueño de libertad.

También ví su busto y tenemos sus señas.

Bajito, enjuto, de tez algo curtida, algo encogido en los hombros; cara cuadrada, más de romano que de griego; orejas bastante grandes y vueltas hacia adelante, y, de una a otra, una cabeza que describe tres cuartos de circunferencia. ¿Era braquicéfalo? Así se creería. Por lo demás, ojos vivos, fijos horizontalmente a izquierda, y una expresión que no sé sabe decir si es de disgusto, de protesta o de amenaza.

Nadie fué jamás tan admirado por la posteridad, pero se puede decir de él lo que él dice de su Zeus: "¿Quién amó jamás a Zeus, si no era loco?"

Era de la familia de los médicos, y pensaba en sí cuando escribía que el cerebro era muy frío, casi helado, y que su oficio fisiológico era templar y moderar el ardor del corazón: un órgano, por lo visto, sospechoso y peligroso.

Nadie me creará tan dejado de la mano de Dios, que no comprenda el respeto que se debe a tan gran nombre; tanto más cuanto que no se presenta a la posteridad sino con parte de los resúmenes de sus lecciones, no todos escritos de su mano; y sin sus diálogos y demás innumerables obras literarias, ni sus cuatrocientos cuarenta y cinco mil y pico de versos, que se han perdido.

Debo advertir a ustedes que si ha de parecer que digo algo, las cosas se han de mirar desde muy lejos y no reparar en pormenores. En fin, una conferencia en aeroplano.

Si ustedes van a su botica, verán que todo está ordenado con el mayor esmero y rotulado con suma diligencia. Nada falta allí; pero si piden algo para lo que hoy se llaman aspiraciones secretas de nuestra naturaleza, he aquí lo que les sucederá:

Primero, se felicitará con ustedes de que tengan tan buenos sentimientos; luego, les ofrecerá un específico de efecto infalible; pero cuando ustedes lleguen a su casa y destapen el tarro, mucho me temo que no lo arrojen y tiren a la pared.

¿Piden usted Dios? Les da un ser todo acto puro, que no tiene como nosotros conciencia mediata de sí, esto es, por medio de la materia, sino una inteligencia que tiene de sí conciencia inmediata, objeto y sujeto a la vez, pensamiento de sí mismo. Pero como resulta que este Dios existe solo en tanto que se piensa, no cabe en él ni la sospecha de nuestra existencia: un Dios, pues, cristalizado en el pensamiento de sí mismo.

Si piden inmortalidad, se esmera en atenderlos, y les da el frasco del *intelecto agente*, que puede (dice) existir separado del cuerpo; el caso es que el tal intelecto agente al dejar el cuerpo, en él deja la conciencia.

Dice Rhode que cuando Aristóteles habla de la evolución de la materia, ya no es el mismo: que encuentra expresiones conmovedoras y raya en lo lírico.

En su esfuerzo por asemejarse a Dios, la materia se eleva de forma en forma siempre más perfecta; y la eternidad que no puede alcanzar individualmente, la consigue por la generación, en la especie. Pero ¿de dónde nace este esfuerzo en la materia?

A qué se debe este movimiento ascensional? Aquí viene el rasgo que raya en lo lírico. La materia está enamorada de Dios, como una hembra de su varón; pero su amor es unilateral. Dios ignora su existencia, ignora la pasión que le inspira y es por eso que le llama motor inmóvil.

Si no han olvidado lo de arriba (que es una locura, según el filósofo, amar a Dios), y sacan la consecuencia, ésta será que la materia no está enteramente en su juicio, y que el orden cósmico y el social, reflejo del primero, nacen de su aberración. Cosmos, sociedad ¿qué vienen a ser sino el atavío de aquella zagalita que esperaba en su celda de manicomio la visita del príncipe que había de hacerla reina?

¿Pesimismo?, dirán ustedes; no: ¿burla?

Se ha dicho—y a mi parecer exactamente,—que Aristóteles y Platón son el ázoe y el oxígeno de la atmósfera intelectual. Si echamos un vistazo a la historia, vemos, en efecto, que todo verdadero progreso en la ciencia se lo debemos al espíritu de Platón; y que cuando más el progreso se acelera, una hipótesis a lo Aristóteles sobreviene a demorarlo. Si domina el primero, para el espíritu es primavera; si el segundo, invierno. ¿Y qué hace el ázoe sino obstaculizar la acción del oxígeno? Su mismo nombre lo declara. Y sin embargo ¡ay de nosotros si no existiera! Es más, la misma vida apareció en la tierra cuando se produjo la primera combinación de los dos gases, y como la centella eléctrica determina esta combinación, no es nada inverosímil que a la cabeza de nuestro árbol genealógico se encuentra un rayo.

*

* *

Una de las mil ideas de Aristóteles es que el hombre por lo común opera con una u otra facultad, pero si opera con todo sí mismo entonces engendra.

Investigar “a la platónica” quiere decir, precisamente, investigar con todo sí mismo; meditar a lo Aristóteles significa prescindir de todo, ménos de la curiosidad. Este es, dice un sabio francés, la actitud del verdadero hombre de ciencia.—Pues no me parece.

El nombre de *filósofo* sonó por primera vez como una confesión de ignorancia. Rey Lino había felicitado a Pitágoras por su *sabiduría*, y él contestó que no era sabio, sino *amante de la sabiduría*.

La verdad es la mujer tapada; no hay que contar con que se descubra, pero sin esperanza nadie correría en pos de ella. ¿Es posible que, además de consagrarse a perseguirla sin descanso, el filósofo la ame si no imagina que merece su amor? Sólo si su belleza es infinita no será locura perder toda la vida en darle caza, con sólo una muy débil esperanza de alcanzarla. Estar dispuesto a casarse con una desconocida, aún suponiéndola fea, es amar más el matrimonio que la esposa.

La disposición de Aristóteles es indiferencia y no amor, o, a lo sumo, amor de la investigación y no de la verdad, y tales amores se cansan a menudo y se contentan con la apariencia.

Platón tuvo la intuición de la existencia en sí de las ideas; y se le presentó, como se presentan las intuiciones, con los caracteres de un grande hallazgo. Surge después la dificultad de explicar con ella la naturaleza, y primero tiente un camino y luego otro; no lo consigue, pero tampoco lo disimula.

Aristóteles habla a menudo de “*aporía*” o dificultades, y se complace en enumerarlas; pero en realidad nunca se halla en embarazo; siempre tiene a mano su premisa para llegar a la conclusión que necesita, y si no es fácil refutarlo, no es menos difícil quedar persuadido.

*

* *

Mas no es mi intención definir a los dos filósofos,—que todos ustedes tienen conocidos mejor que yo,—sino dar un mentís a los que ven en Aristóteles el fundador y promotor de la ciencia moderna (digo “ciencia”, y no “filosofía”).

En una época me divertía en buscar y leer los antiguos tratados escolásticos. Leí muchos de *cosmología* escritos en el latín escolástico del tiempo. En todos se describía el mismo sistema aristotélico o tolemaico (uno deriva del otro), y en todos, sin excepción, si no en los primeros renglones, por lo menos en las primeras páginas encontré este símil, que por lo visto era de uso general: "*Universus simillimus est caepe*", "el universo se parece en un todo a una cebolla". He aquí, decía para mi coleccionista, la visión aristotélica.

El sistema heliocéntrico no se lo debemos directamente a Platón, pero sí a su escuela, a la que pertenecía Aristarco de Samos. El primer grito de la ciencia moderna al nacer con Galileo, fué: "abajo Aristóteles", y desde Newton hasta Galileo Ferraris, todos los grandes descubrimientos se los debemos a platónicos, si se exceptúa a Mme. Curie, cuyo sistema no conozco.

Dice Caverna, que la naturaleza era para los aristotélicos un juguete, para los platónicos un símbolo y para ninguno de ambos un objeto de estudio; pero, si no el fenómeno, la forma por lo menos atraía la curiosidad de los platónicos, de cuya escuela salió la geometría analítica; lo más acabado en la ciencia que se deba a los antiguos.

De Aristóteles trajeron los árabes la idea del álgebra; y las ecuaciones son en álgebra el equivalente del silogismo,—mecanismos inocentes que permiten concluir sin pensar.

*

* *

La fantasía no es la loca de la casa. Lo que no se logra representarse con su ayuda, no se entiende; es lo que Kant afirma a menudo en su lenguaje esotérico: sin intuición el concepto es vacío; concepto y regla de construcción son sinónimos. Si conociéramos la esencia del hombre, dice Dunan, conoceríamos la ley de su estructura. La posibilidad de la representación es la sinceridad filosófica.

Aristóteles tiende a emancipar de la representación; y no sé si las llamadas nuevas ideas matemáticas son algo más que des-

cargas de x y puntitos, pero Poincaré, que es competente, no parece confiar gran cosa en ellas.

Nada debería decir de Descartes, por respeto a los aliados. No diré, pues, sino lo que tiene la garantía de una firma francesa bien conocida.

A pesar de una que otra idea, Descartes es todo un aristotélico, y cuando la ciencia crecía con el desarrollo rápido de Mercurio,—quien, nacido por la mañana, a mediodía inventó la cítara, y por la tarde robó los bueyes de Apolo;—cuando parecía terminado por siempre jamás el *apriorismo* y el perezoso jugar de la fantasía especulativa, como la llama Dunan, Descartes le abrió nuevos caminos. Desde entonces, componer sistemas y novelas,—continúa diciendo el citado filósofo francés,—son cosas sinónimas.

*

* *

El método dialéctico en el sentido moderno nació de Descartes. El silogismo fué simplemente para Aristóteles, un medio de demostración, y el filósofo griego abusó de él sin reparo. Usado como medio de demostración es casi siempre una trampa, mas tendida para los otros (digo "casi siempre", porque si una trampa es en todo momento un silogismo, no siempre el silogismo es una trampa); pero usado como medio de investigación, es una trampa siempre, en la cual sólo queda (¿cómo diré?) apresado el investigador.

Todo el ingenio y la autoridad de Kant, y la primera y segunda edición de la *Crítica de la razón pura*, no bastaron para desacreditar un tal método: ¡tanto puede la pereza!

*

* *

Aristóteles es el instinto de la receta, personificado; todo lo reduce a reglas y preceptos, hasta la inspiración poética; nada ha de dejarse a la espontaneidad.

Fué, pues, su espíritu el que sugirió la idea de reducir a preceptos hasta el propio método experimental. Yo mismo he oído, unos treinta y cuatro años hace, llamar a la parte de la *Lógica* de Stuart Mill que trata de la inducción "*método de hallazgo*". ¡Qué expresión retumbante! ¡Tan fácil es creer en lo que se desea! Las tres etapas de un descubrimiento son, pues, —dicen— la observación, la hipótesis y el experimento.

Aun tomada esta distinción como simple indicación del hecho sería inexacta; pero, dada como precepto, raya en lo absurdo.

Es ridículo que se prescriba hacer hipótesis; una hipótesis forjada de propósito, tiene el mismo valor que las combinaciones con que los jugadores de ruleta están seguros siempre de hacer saltar la banca.

Hipótesis útil es la que se presenta por sí sola, resultando tal vez de un trabajo inconsciente; y su nombre no es "hipótesis", sino "intuición". Estalla como un relámpago; lleva consigo la certidumbre, y llena el alma de no sé qué goce: dígallo, si no, **Arquímedes**.

La verdad, dice el sabio Hebreo, no tolera violencia; y el espíritu sopla adonde quiere. Por lo demás, ni la observación se hace de intento: fué una lámpara la que llamó la atención de Galileo, y una pera la que nos dió la ley de la gravitación universal.

Así es como se inició la época de las hipótesis; que—como los espartanos nacidos en Tebas de los dientes del dragón—se devoran las unas a las otras, no bien nacidas; época que amenaza no terminar jamás. Los sabios verdaderos se ríen para sus adentros. "Para mí, dice Claudio Bernard, es indiferente que se adopte la hipótesis de Darwin o la de Spencer, o se prescinda de ellas; nada tienen que ver con la ciencia".

No todos los sabios, sin embargo, son de tal temple. Hubo biólogos que, oyendo llamar "herencia" al permanecer de las especies, buscaron a los albaceas, y creerán haberlos encontrado en los cromosomas del núcleo de la célula.

La hipótesis de Laplace, dice un sabio, ha impedido que se buscara la verdadera formación de nuestro planeta. Cuentan

que Napoleón preguntara al gran matemático cómo se atrevía a componer el mundo con prescindencia de Dios, y que él contestó: “que nunca sintió necesidad de él”; y, en efecto, para componer aquel mundo bastaba un panadero.

*

* *

La pretensión de someterlo todo a preceptos explica por qué en el curso de la historia no se encuentra tiranía en la cual, de un modo o de otro, no esté complicado Aristóteles, desde Alejandro Magno hasta Torquemada. Federico II hizo a las obras de Aristóteles tan buena acogida, porque vió en ellas un válido sostén del imperio contra el papado; mas éste, que en un principio condenó al filósofo, no tardó en absolverlo y servirse de él para fortalecerse contra el imperio. Al despotismo feudal alemán se debe el triunfo de Aristóteles en la edad media. Un alemán, Alberto Magno, y su discípulo, Santo Tomás de Aquino, de origen alemán, ataron aquella rueda de molino al cuello de la teología.

*

* *

Hemos visto llamar “actitud científica” a la indiferencia de Aristóteles para con la verdad. Pues bien; lo que llaman hoy “actitud científica”, es algo que no difiere mucho de la hipocresía.

Empezaremos por dejar aparte a Kant, a quien uno ama tanto más cuanto más lo comprende. Este santo del protestantismo, como se le llamó, si se esforzó en probar que ciertas creencias no se pueden demostrar con la razón, por una parte lo hizo para ponerlas en salvo y al abrigo de todo asalto; y por otra para librarnos de las consecuencias de hogueras y tenazas que de su demostración sacó el fanatismo.

Debemos mirar con cariño a este gran hombre, cuando pasa algo encorvado, con los ojos cerrados a medias y tapándose la

boca con la mano, tal vez anticipándose al descubrimiento de los microbios.

¿No huele a burla e hipocresía esto de consagrar toda una obra a negar, para después, en las última páginas, cambiar repentinamente de tono, poner la mano sobre el corazón y decir con aire compungido que él también tiene sus derechos,—que la ciencia no comprende, pero respeta,—y que ciertas aspiraciones, si no se justifican por los resultados de los laboratorios, acaso tengan su razón de ser en lo sublime?

Si estas aspiraciones pudieran hablar, dirían a estos sabios que hasta el día la ciencia no condena ni aprueba nada, y que una cosa es la ciencia y otra son esas hipótesis que ni siquiera saben dar cuenta de sí mismas.

*

* *

Platón y Aristóteles marcan el ritmo de la actividad humana en todos los campos, y también en nuestra escuela clásica. El estudio de la antigüedad suele dividirse en varios períodos, a cada uno de los cuales se le agrega una calificación y, entre paréntesis, un nombre propio: período italiano o de la imitación (Francisco Petrarca); período francés o de la erudición (Scalígero); período inglés o de la crítica (Berkeley); período alemán o de la historia, o científico (Wolf).

De estas definiciones algunas son calumniosas; otras, paradójicas; todas, injustas. Hubo una vuelta al estudio de la antigüedad, debida a la obra de Francisco Petrarca, y se llamó Renacimiento. Propagóse a Francia, Inglaterra, España, y pasó después a Alemania. En todas estas naciones, a un período de intenso estudio del latín y el griego, sucedió una lozana literatura en el idioma nacional y el florecer de todas las artes; y en todas estas naciones aquel período se llama clásico. Alemania no hace excepción, y no demuestra Schiller su acostumbrada diligencia cuando canta la espontaneidad de la literatura alemana. Klopstock, que por ser su iniciador oficial, y los demás grandes prosistas o poetas que le siguieron, vivían cuando Alemania en

el estudio de los clásicos griegos y latinos ya ocupaba el puesto de honor, que supo guardar hasta hoy; y Kant afirmaba que la literatura, en nuestra edad y en todas las naciones, es una consecuencia del estudio de la antigüedad, añadiendo que, por más esfuerzos que haga quien no conoce por lo menos el latín, no será jamás sino el mónico de un literato.

Pero el protestantismo surgió como reacción contra el renacimiento o humanismo. Condenó todas las artes, sobre todo las plásticas, para las cuales Alemania mostraba particulares aptitudes; y sólo dejó subsistir la música, una música que es un rezongo a base de acordes. Melanchton había "protestantizado" a Aristóteles; mas la Reforma esperaba su filósofo, y lo encontró en Kant; luego con Wolf afirmase en los estudios clásicos, como más tarde con Wagner en la música y en literatura con el romanticismo.

*

* *

El renacimiento fué el desquite que se tomó Platón sobre Aristóteles. No se trataba de imitar a los escritores antiguos, sino de sentir su belleza, además de entender su pensamiento; aprender de ellos a pensar según verdad, y dar a la expresión del pensamiento hermosura y vida.

Era Héctor endosando la armadura de Aquiles, algo grande en un principio, pero Zeus se la adaptó con un signo de su cabeza; y, al contacto del divino metal, sintióse el héroe inflamado por un valor sobrehumano.

Es el amor quien hace encarnar la idea en una bella expresión: el amor, como decía Platón, que engendra la vida en la belleza. Un soplo de amor fué, pues, el renacimiento; amor de la forma, esto es, de lo bello que para los sabios malhumorados resulta puerilidad y para los mojigatos idolatría.

*

* *

Se inició el renacimiento con el amor de la palabra. Para Aristóteles ésta es un signo convencional de la idea; mas para Platón es un signo no establecido por convención, sino forma-

do naturalmente: entre la palabra y la idea hay misteriosas relaciones, difíciles de indicar, pero claras al sentimiento no vulgar. El amor de la palabra bella es el secreto de la poesía y el encanto de la prosa.

Cuando surgió Petrarca, soplaba recio el espíritu del Estagirita; la lengua conservaba apariencia latina, pero a las palabras vivas, a las palabras nacidas, como las llama Cicerón, se habían sustituido palabras forjadas en una jeringonza de origen escolástico. El pensamiento se indicaba en sus elementos lógicos, despojado de todo lo sensible; en fin, un estilo algebraico.

*

* *

El conocimiento y estudio amoroso de los antiguos, enseñó a expresar el pensamiento cual nace; a substituir la representación al concepto; a devolver a la expresión el calor del afecto; a componer y escribir con todo sí mismo, y a engendrar obras vivas. Obra literaria es obra escrita para todos; se llama hoy literario lo que los antiguos exotérico. La literatura es la comunión de los espíritus para una nación, y donde no hay pueblo existirá tal vez una obra literaria, pero no literatura; y donde no hay literatura, no hay pueblo.

*

* *

Era natural que al manifestarse las naciones recién nacidas, tartamudeando en su nuevo idioma, verdeara la literatura, como verdea la hiedra al apuntar la primavera; pero el esfuerzo natural requiere el del hombre. Aquellos indicios de la buena estación invocaban los brazos de los labradores, esto es, el renacimiento: no una vuelta a la antigüedad, sino el principio de una nueva estación agrícola. Deplorar, como inconsideradamente lo hacen algunos, que el estudio de lo antiguo haya impedido la formación de literaturas originales, es como lamentar que se roture el campo, y se siembre trigo en él, en vez de abandonarlo a la maleza.

*

* *

Así entendido, el estudio del latín es gimnasia, aumento de fuerza, formación del espíritu, emancipación de la espontaneidad brutal, conquista de sí mismo, y, por tanto, alegría y placer. Estos estudios han conservado su unidad a la civilización occidental, que es grecorromana; y mientras se estudió de veras el latín, a nadie se le ocurrió jamás preguntar para qué sirve; como que la respuesta estaba en estudiarlo. Leer a Platón en su texto le parecía a Schiller un fin digno de la existencia. Pero vinieron la literatura y la filosofía románticas, difundiendo ideas extrañas, y no se advirtió que si, p. e., Víctor Hugo es grande, no lo es como romántico, sino por su amoroso estudio de los poetas latinos y de Tácito: del romanticismo tiene todos los defectos, y todas las virtudes y calidades literarias de los estudios clásicos.

*

* *

Sobrevino el nuevo programa de la escuela alemana, vale decir, el espíritu de Aristóteles. Por desgracia, en todo país hay gente dispuesta a venderse para traicionar a su patria; y éstos acogieron el nuevo programa, que, bajo apariencia de mayor seriedad, resultaba incomparablemente más cómodo. Se hace uno filólogo en un año, dice mi profesor Graziadio Ascoli; pero para llegar a escribir un bello período latino, no bastan diez.

*

* *

Aquel trabajo, rebosante, por lo demás, de goce intenso, acostumbraba a los placeres del espíritu. Sin alegría el espíritu se apaga; el protestantismo es como el sueño de una cuaresma sin pascua. Quitándole todo placer al espíritu, se lo sofoca y sumerge en la animalidad. La formación del espíritu es

el fin de la vida y de la educación, y el espíritu es una nueva naturaleza de hábitos racionales; es el ideal apolíneo, que no condena la animalidad, pero la disimula, y deja el día a Apolo, la noche a Baco, haciendo de ambos dioses uno, con doble aspecto.

La pretensión de hacer del hombre un puro espíritu muerto, para lo sensible, es innatural y contraproducente; y Lutero, que empezó por ella, acabó por casarse con una monja.

*

* *

Pues si se adopta el llamado humanismo alemán, excluyendo el sentimiento y con él toda alegría de los estudios clásicos; si se suprime la admiración, el descubrimiento continuado, ~~la admiración, el descubrimiento continuado~~, la emulación, el esfuerzo moderado y metódico; si entender un autor ha de significar saber lo que de él han dicho y Crich y Croch, y el número de las ediciones y las variantes de las lecciones; si cuando se nos presenta la intuición de bellezas recónditas, hay que desecharlas como juegos de la fantasía; si por estudio del griego y el latín se ha de entender el bostezo, reconozco que tampoco yo sabría decir para qué sirve.

La negación de la inteligencia, estética en la jerigonza del programa humanístico wolfiano, se llama *negación de los valores*; dando por sentado que cuanto nos parece entender en los clásicos, es ilusión subjetiva. Y si es así, ¿para qué estudiarlos?

En resumen, el método aristotélico ha conducido en todas partes al mismo resultado. ¿Y para qué sirve la filosofía? ¿para qué sirve la historia pragmática? ¿para qué sirven el latín y el griego? Pues escuchen: si han de estudiarse de tal modo, no sirven para nada, a no ser para la vanidad, que es aún peor que la nada.

F. CAPELLO.